

## Presentación del libro *Luces y sombras del trabajo social chileno*<sup>1</sup>

María Emilia Tijoux<sup>2</sup>

El libro para el que he sido invitada a comentar, *Luces y sombras del trabajo social chileno*, de las autoras Cecilia Aguayo, Rayen Cornejo y Teresa López, parte ya con una contradicción que invita a la reflexión. Las luces y las sombras a las que refieren, invitan a la revisión y luego a la reflexión crítica sobre una historia que nos construye. Las luces remiten a dicha historia que implica un recorrido de entrega, construcción, compromiso, contradicciones y búsqueda de soluciones; las sombras han ocultado no solo a los actores mismos de este trabajo, sino también a sus luchas y sus apuestas.

Siendo el Trabajo Social una disciplina y una práctica que se ubica en el corazón del sufrimiento de las personas y de las comunidades, sabemos que se ha urdido y tejido con más de una falla y con más de un acierto, siendo este es uno de los tantos aciertos y que hoy nazca al alero de un proyecto universitario que plantea valores humanos que los contengan a todos, es decir, a todos los humanos y que, por lo tanto, lo hace portador de un gran desafío.

Entre los desaciertos y tal como ocurre con otras disciplinas como la Sociología, que es donde me ubico, en el Trabajo Social se observa muy a menudo el alejamiento comprensivo sobre lo que son las vidas de quienes sufren cuando el interés del trabajador social se proyecta desde su sí mismo, desde su “identidad” cargada de soberanía, o bien desde sus deseos entendidos como metas indexantes o búsqueda de prestigio.

---

<sup>1</sup> Aguayo, C., Cornejo, R. y López, T. (2018). *Luces y sombras del Trabajo Social chileno*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

<sup>2</sup> Chilena. Doctora en Sociología por la Universidad París VIII, Vincennes Sant Denis, Francia. Investigadora y docente en Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile. E-mail: emiliatijoux@uchile.cl

En este punto el Cardenal podría estar atisbando tras una cortina, para ver qué tanto hacemos trabajo social, considerando a una persona como “asistida” más bien que como un “yo misma”, es decir refiriendi a ese “mi mismo” que podría ser yo o usted, cuando fallan los soportes de la sociedad y, por ejemplo, envejecemos. Las seguridades advertidas en este punto nos pueden dejar perplejos(as), especialmente cuando tantas políticas públicas se hacen bajo el mismo sesgo que examina la pobreza solo como situación, a veces dada o explotada de modo espectacular y no como una condición producida por quienes se enriquecen con ella.

Esto provoca que haya también otro lado sombrío, que se ubica en el demasiado acercamiento a quien nos precisa, cuando suponemos que debemos hablar y pensar por él o ella, porque los que señalamos como Otros no tienen voz o decisión propia, es decir, cuando la “ayuda” surge como objetivo a lograr y no como un medio o una táctica que se resuelve al momento en que las vidas pueden estar en peligro. Si a esto le agregamos cuánto pensamos erradamente a la persona desde nuestro marco nacional republicano, olvidando que ella tiene un origen, una historia o una cultura, nos vemos atrapados(as) en un quehacer cuyo centro se declara desde afirmaciones y seguridades aprendidas como tales, declaradas como las correctas, las mejores, o las únicas a considerar.

En este marco, comenzar con las preguntas del por qué y para qué investigan los trabajadores sociales me parece necesaria. Si bien la presentación se organiza en torno a la respuesta, solo me detengo en por qué, pues me saca de aquella racionalidad de la proyección de objetivos que, por lo general y a pesar de la voluntad, se diluyen en el camino del hacer en razón de las adversidades, las obligaciones y los intereses, ya sean de las instituciones o personas. El por qué nos sitúa en el nosotros y remite las intenciones que nos conducen hacia una tarea. Preguntarnos por qué investigamos desde el Trabajo Social remite a preguntarnos por el Trabajo Social mismo, por lo que entendemos por él y, por supuesto, por el lazo que

tejemos con los y las demás. Y el sociólogo o la socióloga son también trabajadores sociales, pudiendo también agregar a los abogados y a los médicos o a otros más.

Así, se ha construido jerarquizadamente una figura, un o una profesional, vista, sentida y diferenciada en el campo de las profesiones. Y por ello vale preguntarnos por qué hacemos Trabajo Social y no otra cosa. La historia del Trabajo Social en Chile tiene, creo yo, varias respuestas o propuestas para ir en búsqueda de lo que hemos sido. En efecto, esta es la ocasión para comenzar a pensar cómo la memoria seriamente aprehendida puede transformarse en un objeto de la historia, tal como lo señala nuestro gran amigo Enso Traverso (2007), pues podríamos pellizcarla, al menos, para sacarla del orden en que se le ha colocado según los parámetros de los dominantes, pues entierra muy rápidamente a quienes la han torcido para sacarla de los intereses de un presente esgrimido por los poderosos que buscan voltear la página y que, luego, rápidamente, en la vida cotidiana, se vuelve costumbre, cuando se repite al infinito el que hay que pensar hacia delante, como “proyecto país” por ejemplo y pero aun si entendemos al país como “la casa” o como “el hogar común. Como si las ruinas no se amontonaran para impedir volar al ángel de la historia, como señala Benjamin en una de sus tesis.

Las trabajadoras y los trabajadores sociales han sido actores del compromiso. De eso no cabe duda. A tal punto que no solamente se les ha castigado con persecución, encierro, tortura y desaparición, sino con el cierre de sus escuelas. Porque no se trata solo de destruir al ser humano que representa a una profesión o que desarrolla una disciplina, sino a la disciplina misma, a la producción de su conocimiento. Pero también los(as) trabajadores(as) sociales está a menudo lejos o indiferentes al sufrimiento de la gente al punto de tomar medidas abusivas o sesgadas por un punto de vista único, generalmente el suyo propio. Estos cierres y estas prohibiciones sin duda, mellan en la continuidad de una propuesta por el compromiso.

Entonces, vale buscar la voces de los baúles, como las que tal vez siguen en el fondo de nuestros mares, para preguntarles, ya sea desde ellos y ellas mismas, o de los tesoros que de ellas y ellas han guardado como objetos del recuerdo, quienes las y los conocieron, lo que fueron, lo que hicieron, lo que buscaron hacer y tal vez no consiguieron terminar.

Luego el Trabajo Social se transformó. Bueno, podríamos decir, todo se transforma, pero complica ver a quienes hoy toman decisiones tan rápidamente sobre una familia o sobre la separación de un bebé de su madre, amparados en la idea que hay culturas “indecentes, ignorantes, que no saben criar”, por ejemplo.

Cuando se habla de ética profesional parece que se habla de cualquier cosa, o bien se puede detener dicha inquietud en la lectura de un consentimiento informado, para “informar” a quien extraemos parte de sus vidas gracias a una entrevista, con la firma de quien interrogamos.

El texto de Aguayo y Lizana advierte de la ética profesional, y específicamente la de Trabajo Social, que me parece debe estar regularmente sometida a un ejercicio crítico reflexivo, que vaya a la par con las dinámicas de la sociedad, como con sus transformaciones, como ocurre por ejemplo con las nuevas formas que adquiere la pobreza, pero sobre todo con la necesidad urgente de pensar sobre la base de los derechos humanos, entendidos estos como la dignidad que debe entenderse desde estos derechos humanos, evitando caer dejar a una parte de la población fuera de ellos. Y, cuidado, esto no únicamente en declaraciones, sino en acciones, ojalá prácticas, que se den en los encuentros cotidianos con las personas y los grupos. Ello implica cuidar el lenguaje, el tono de voz, los gestos, las indicaciones desafortunadas, en suma, el cuerpo y las emociones de quien se considera trabajador social.

Si me refería a la entrevista en este marco, es porque sigo pensando en la importancia de la pregunta por la investigación y, por lo tanto, por sus herramientas, siendo la más privilegiada aquella que más diferencias plantea, debido al lugar dominante que tiene

la entrevista, pues es dueña de la pregunta que, como sabemos, ha sido construida desde los objetivos; y luego desde las dimensiones variables e indicadores (cuando se trabaja seriamente y se operacionaliza como es debido), para, de cierto modo, afirmar o defender una hipótesis.

Después de mucho investigar, pienso que, como señalara Goffman (1979), no hay que entrevistar sino más bien capturar interacciones para convertirse en observadores de la vida. O bien preguntar mientras se baila, se actúa, se canta o simplemente se conversa. La entrevista sigue siendo una herramienta de interés siempre y cuando se la tuerza y se la deconstruya. Así puede que los aspectos éticos que se sellan con una firma tengan sentido. Es necesario por tanto, en este contexto, que podamos tener a la vista las tensiones y conflictos que genera la ética profesional y la responsabilidad que debe ser enfrentada.

Luego, preguntarse por las políticas públicas con las que estamos cotidianamente involucrados conduce, a mi modo de ver, no solamente a examinarlas sino a preguntarnos por su génesis y por la participación que podemos tener en ellas a partir del ejercicio de la profesión del Trabajo Social y de los saberes acumulados desde abajo. En este sentido, es importante pensar en el Estado y en no dejar de lado las responsabilidades que le caben, especialmente cuando se acuña un concepto y un modo de hacer Trabajo Social. Quedo siempre dudosa sobre las diferencias entre las políticas públicas y las políticas sociales, entendiendo que las primeras son las segundas, es decir, son sociales.

Pero si se trata de definir agendas y que los diseños no provengan necesariamente de los resultados de investigaciones, informes o prácticas que llevan a cabo los trabajadores de lo social, podemos observar muchas veces el fracaso de los modelos que vienen principalmente desde arriba, al mismo tiempo que revisar que tan de abajo vienen los que dicen emerger de la sociedad civil. Para ello habría que revisar lo que se entiende por “sociedad civil”, quienes la representan y, por lo tanto, considerar los múltiples ausentes

que generalmente son los denominados “beneficiarios” de dichas políticas. En este contexto, hablar de “integración” parece una desmesura. Allí quedarán tirados, o en los márgenes, hombres, mujeres, niños y comunidades que siguen abandonados por el Estado y, en este caso, por sus políticas públicas.

Los trabajadores sociales advierten sus deficiencias, esas que se dan en el abajo que reconocen como tal, pues están allí de modo permanente, no solamente por un estar cercano al de los más desposeídos, sino porque el mismo trabajador social es colocado en un lugar distinto al de los otros profesionales. Esto ocurre tanto en la administración pública y en el mundo privado como en el campo académico, y por ello también en la misma sociedad. No obstante, sigue siendo el agente al que los individuos se dirigen, llaman e interrogan para saber sobre su futuro. Los trabajadores sociales tienen claro que las políticas debieran estar vinculadas al servicio público, pero saben también que se trata de decisiones y acciones del Estado y los gobiernos que lo van construyendo, solo que la lejanía con sus representantes se agranda. Este libro entrega resultados de una investigación que lo demuestra.

Pero cuando me pienso a mí misma como trabajadora social que hace sociología, para develar no solo el sufrimiento sino los distintos elementos que por arriba y por abajo se cruzan para producirlo, me parece importante analizar los desafíos a los que se enfrentan los trabajadores sociales y detenernos en los modos en que organizan sus resistencias, lo que implicaría interrogar los fundamentos del Trabajo Social mismo. Y como no tengo tan clara esa definición, me parece bueno preguntar ¿al servicio de quién están y estamos? ¿De un ciudadano? ¿De un sujeto? ¿De un paciente? ¿De un cliente?

Esta dificultad de nombrar lo que globaliza al conjunto de personas acompañadas cada día, ilustra la posición particular de este campo de trabajo profesional, pues no depende solo de una acción cívica, de un servicio o menos aún de una actividad comercial. Este posicionamiento, que debiera ser examinado desde distintas

historias e influencias, así como desde tantos actores que han participado, hacen más tentadoras las manipulaciones con fines ideológicos o políticos, incluso financieros, que deben ser desenmascaradas.

Porque el Trabajo Social es mucho más que el enfrentamiento a la pobreza o los sufrimientos provocados por el capitalismo neoliberal. Es un conjunto de luchas de resistencia que, históricamente, da cuenta de acciones reales llevadas a cabo por quienes —aunque la expresión hoy no guste mucho— se han convertido en militantes de la resistencia propia y la de los demás.

Pero, para implementar ese trabajo de búsqueda que este libro inicia, me parece que es necesario seguir descubriendo los intereses políticos que se juegan tras las políticas —se llamen públicas o sociales— y las teorías, metodologías y epistemologías que las sostienen. Y ese trabajo implica cuestionar al Estado, sacudirlo de lo que hasta ahora oculta, deshistorizarlo y cuestionarlo de manera permanente. Pero es preciso estar consciente que ello tiene precio, uno que han pagado quienes han luchado por lo mismo, no solo en Chile sino en distintos lugares del mundo.

Por ahora, recorramos este libro para pensar con él en cómo contribuir a un Trabajo Social menos atado a las obligaciones del campo político y más preocupado por el respeto a las personas. Así, tal vez, derrumbaremos algo de las ruinas acumuladas ante el ángel y evitaremos la tempestad de un supuesto progreso que sigue beneficiando a unos pocos.

## **Bibliografía**

- Goffman, E. (1979) *Ritual de la interacción*, Buenos Aires, Ed. Tiempo Contemporáneo.
- Traverso, E. (2007) *El pasado, instrucciones de uso historia, memoria y política*, Ed. Marcial Pons, Ediciones Jurídicas y Sociales, S.A. Barcelona.